

## EDITORIAL: Carta al Presidente

Querido Doctor:

Hay un mundo desvanecido en cierto pozo de humores congelados, un mundo que se instaura cotidianamente de patria, familia, ciencia, justicia y religión, y en que sus habitantes aceptan, o fingen aceptar, ser remitidos por la conciencia a un estatuto excéntrico, el llamado o versículo de cierta noción que no corresponde a nada real, pero que les permite liberarse al paso del sufrimiento atroz de cuestionar aquella conciencia en su centro mismo. Hay también otro mundo, un reducto eternamente escamoteado que no cesa de abandonar sus trapos masturbatorios, erguido en la intersección de los fenómenos, y entregado sin condición a cierto pliegue espantoso que lo humano no hace presa por medio de la costumbre, un mundo que un grito genital lanza ya a la respiración como una ley de la naturaleza. Entre estos planos se yergue un clavo espiritual que nos agujonea en el centro de la forma, empeñado en entregarnos impiadosamente al desgarramiento rector entre ambos principios, evidente por sus golpes de aborto, y por el que el cuerpo va a acumularse en el dolor de ser descuartizado bajo la tracción insoluble de aquellas fuerzas centripetas, irreductibles por cualquier medio a la instancia de un equilibrio consciente. Es en la diferenciación vital y para nada erudita entre ambos dominios donde nace la poesía, la cual permite reintroducir en la sociedad, a través de un lenguaje estallado y unido a aquellos elementos solubles de las pulsiones naturales, el gesto al mismo tiempo topológico y rayante en el absurdo de un rechazo fundamental, de una materia en el límite de la escisión. Hubiésemos querido vivir en un estado puro de desprendimiento, de desinterés feroz con respecto a concepciones y embalajes determinados, conservando en todo momento una posición móvil y equidistante en una circunferencia aérea inhibida de los apetitos y de los dioses terrenos. Pero se nos ha parido por el vientre y no por el espíritu, para vertirnos por una infección de cañonazos vaginales y un abajo donde se amontonan las anclas y los sobrepesos de cierto entreacto positivo, encargado de incitar esa tara del ser que se impulso a eliminarnos de una posibilidad infinita. El mundo no ha cesado de endurecerse, de tornarse más pesado, a causa de la opacidad de su idea y de la masa que la conforma. Y de todos modos, algunos han preferido visitar una realidad que no desemboca en escuelas o templos de cartón masticable, pues no funciona al fin por el aliento de una náusea de compromiso, sino por el cilio vibrátil de las cosas y el olor de lo indecible.

Lo que habla en el pedestal del vacío, que no quiere ser empleado por una interpretación gravitante, que concibe sus objetos entre las leyes de lo Ilógico y las no leyes de lo Lógico, y en tanto los concibe los pierde, y que termina por esta inteligencia extraña a la razón con todo cráneo de mala demencia, es lo único que se hermana al mundo en su levedad de sin sentido, que provoca al virar una risa estentórea, una risa de víscera exhalada, que si se convierte en asesinato es sólo por la intervención y el plan de los agentes parásitos de un Régimen.

Estar en este mundo, estimado Doctor, consiste en una admisión superior a la de vivir en sociedad, me refiero a cierta conmoción por la que nuestros actos deberían consagrarse a recrear sin excepción el ser oculto e innacido del pensamiento.

No conozco otra criatura monstruosa que aquella que fabrica una adaptación perpetuamente devuelta a sí misma, una lengua aplicada a un sello de representaciones y un ritmo ideológico que

le impide remontarse a cierta geografía astronómica como moviente de la Idea

Toda esa marea viscosa de seres que se dice pueblo, y de la cual el contagio constituye un hito ineludible, no ha respirado más que para arrodillarse ante la vida y huir de la hechura de un cuerpo contradictorio, un cuerpo desasido de su carácter de fetiche que acepta medirse con la palabra mal formulada y con la palabra confusa en las fronteras del vacío.

Una carne soplada de toda realidad, adherida a la multiplicación indefinida de las cosas-pensamiento, que se despierta en estas cosas y echa por la borda la angustia estupidizante de una aniquilación subjetiva, descomprime tanto la cólera fijante de las represiones como esa maquinaria socio-familiar destinada a reproducir a perpetuidad organismos sumisos.

Esta expansión moral de la nada sólo la alcanzan algunos sabios y ciertos enfermos mentales, mientras el resto se constituye en una tropa de larvados explotadores que pretenden posible componer la existencia con la individualidad, el carisma, la trayectoria o el contorno.

En los intersticios de estas palabras, estimado Doctor, querría usted sin duda arrancarnos de la médula, pues lo que emerge lo implica sin rodeos en un grado enervante, un grado que no se consume por las intrigas mafiosas de un capullo terreno, sino por la castración premeditada ante una zambullida metafísica.

Si esto no acaeciera de tal modo, tenga usted la bondad de enseñarnos una sola de sus palabras que no haya sido pronunciada para asirse, uno solo de sus gestos que no hubiese querido contribuir a una mitología, uno solo de sus actos que no pretendiese emanar un fluido territorial y engendrado para la ocupación.

No es usted monstruoso por haber corrompido aún más el orden político, devastando hasta la saturación un bloque opaco con un totem de fanteoche, sino por haberse subido sobre las masas destempladas e ineducadas para una investigación de la propia vida sin haber desenterrado una sola vez la médula de su guante, volcando ya en el centro de ninguna cosa el corazón absoluto de copular, patear, mearse, y dar la vuelta abismal de sí mismo, hasta que todo aquello que se mueve con lo rechazado y lo irrevelado eclosionase por un solo gesto y una vasta respiración.

En la contracara se ha encomendado usted a tachar ese drama fisiológico que permite rehacerse al hombre, encaramándose por un poro amasado y una dicción escupida sin contracción, como si los carburantes de un sentido permitieran economizar el trayecto, como si lo que arroja un aire significado pudiese recomponer el estado de audacia y periplo del pensamiento, como si lo que remueve las sílabas por un interés creado fuese capaz de emprender la sexualidad profunda o el oleaje incesante de las formas

Este encadenamiento de rictus fabricados que las imágenes televisivas y periodísticas nos imponen a diario no ha dejado de actuar a la manera de un electroshock sobre las expansiones revolucionarias del espíritu, y ya no puede percibirse a la sociedad sino como un hospicio pantagruélico, del cual un perfecto imbécil que ha perdido la llave de su experiencia orgánica posee el mando, pronto a redimir su pedestal ante el formidable estrado que consiente una sangre paralizada.

(sigue en pag 50)